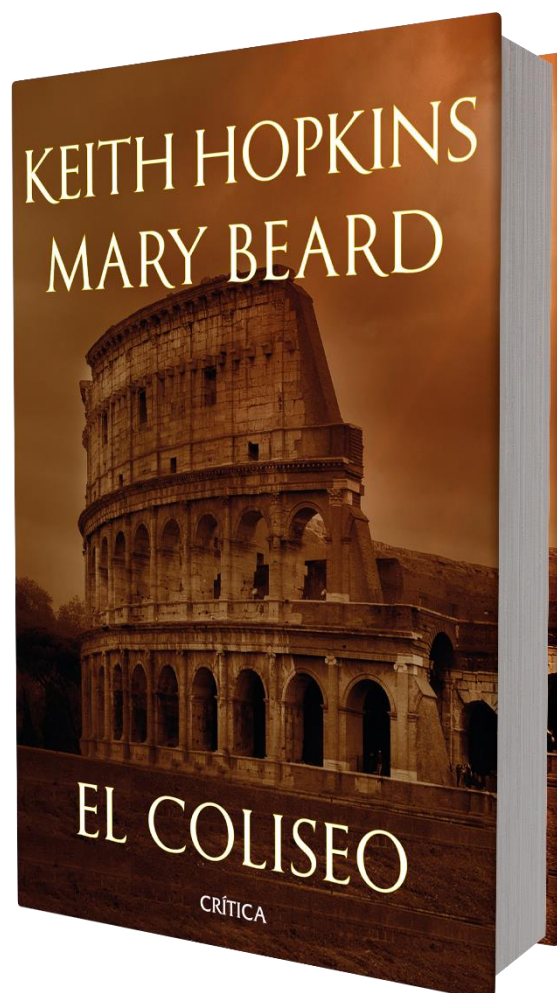


CRÍTICA

MARY BEARD y KEITH HOPKINS EL COLISEO

Dos de los clasicistas más importantes nos cuentan la fascinante historia del mayor anfiteatro de Roma



A LA VENTA EL 2 DE OCTUBRE

MATERIAL EMBARGADO HASTA PUBLICACIÓN

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN, CONTACTAR CON:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980/ easpas@planeta.es

SINOPSIS

La Roma imperial fue un estado guerrero. El Coliseo (inaugurado en el año 80 d.C.) fue el monumento de Roma a la guerra. Como una catedral de la muerte, se alzaba sobre la ciudad e invitaba a sus ciudadanos, 50.000 a la vez, a presenciar juegos gladiatorios asesinos. Ahora es visitado por más de cuatro millones de personas al año (Hitler estuvo entre ellos).

Dos importantes historiadores clásicos, Mary Beard y Keith Hopkins, nos cuentan la historia del mayor anfiteatro de Roma: cómo se construyó; los juegos gladiatorios y otros eventos que se celebraron allí; el entrenamiento de los gladiadores; los espectadores que disfrutaban de los juegos, los emperadores que los organizaban y los críticos; y la extraña historia posterior: el Coliseo ha sido fortaleza, almacén, iglesia y fábrica de pegamento.

LOS AUTORES



© Carlos Ruiz

Mary Beard es catedrática de Clásicas en el Newnham College, Cambridge. Es editora en *The Times Literary Supplement* y autora del blog «A Don's Life». Es miembro de la Academia Británica y de la Academia Americana de Artes y Ciencias. Entre sus libros publicados se incluye *El triunfo romano* (2008); *Pompeya* (2009), ganador del Premio Wolfson; *La herencia viva de los clásicos* (2013); *SPQR. Una historia de la antigua Roma* (2016); *Mujeres y poder* (2018); *La civilización en la mirada* (2019), *Doce césares* (2021) y *Emperador de Roma* (2023), todos ellos publicados en Crítica. Fue galardonada con el premio Princesa de Asturias de Ciencias Sociales en 2016.

Keith Hopkins fue profesor de Historia Antigua en la Universidad de Cambridge y vicerrector del King's College. Uno de los historiadores que con más vehemencia reinterpretó la historia y cultura romana de los últimos cincuenta años, y autor de *Conquistadores y esclavos* (1978), *Death and Renewal* (1983) y *Un mundo lleno de dioses* (1999). Falleció en 2004.

ALGUNOS EXTRACTOS

El Coliseo ahora...

«La construcción se inició bajo el emperador Vespasiano en el 72 d. C., pero no fue hasta el año 80, bajo el reinado de su hijo Tito, cuando se celebró la ceremonia de inauguración; el último espectáculo documentado con animales salvajes en la arena tuvo lugar durante el reinado de Teodorico (que murió en el 526 d. C.), a menos que se incluya una corrida de toros celebrada en 1332.»

«Había también ideas erróneas que hay que corregir: aquellos desconcertantes agujeros por todo el edificio no eran, como muchos habían afirmado, para insertar los postes de sujeción de las casetas erigidas para las ferias medievales que allí tenían lugar; al contrario, eran las marcas (y esta sigue considerándose hoy la explicación correcta) dejadas por los vendedores ambulantes medievales tras excavar en la estructura para extraer y robar las abrazaderas de hierro que mantenían unidos los bloques.»

«¿Cómo podía uno reconciliar la magnificencia de la estructura, la escala y el impacto de lo que quedaba con su función original y los recuerdos de los sangrientos combates entre gladiadores y el martirio de los cristianos que tuvieron lugar en la arena? La guía orillaba el problema de manera breve y torpe, sin siquiera apuntar explícitamente a la carnicería humana que se había desatado en el Coliseo [...] No obstante, muchos visitantes y escritores del siglo XIX sintieron la necesidad de detenerse en lo que había ocurrido en aquel lugar y debatir el efecto que tenía que producir en su valoración del monumento. Es un tema en el que ahondan los versos de Byron citados más arriba [...] y en el que también insistió Charles Dickens cuando visitó Italia en la década de 1840 [...].»

«De hecho, el Coliseo aparece repetidamente en la literatura decimonónica como lugar de tragedia y emblema de muerte, tanto antigua como moderna. Los recuerdos de las matanzas de gladiadores iban de la mano con la creencia de que el aire nocturno húmedo y helado del monumento — por muy romántica que fuera la visita a la luz de la luna— era un transmisor especialmente virulento de la potencialmente fatal «fiebre palúdica romana».»

«La experiencia de los turistas de comienzos del siglo XXI es a la vez igual y diferente de la de sus semejantes de hace ciento cincuenta años. De nuevo existe la posibilidad ocasional de acceder de noche, pero no hay ninguna iluminación privada previa solicitud.»

«Una manera de ver los cambios que se han producido a lo largo del último siglo aproximadamente es considerarlos desde la perspectiva del paso de una ruina romántica a un yacimiento arqueológico. Parte del impacto del edificio ha sido más o menos el mismo a lo largo de dicha transición. Son muy pocos los visitantes que no han quedado admirados por el inmenso tamaño del Coliseo. (Irónicamente, el hombre al que

el edificio debe gran parte de su fama en la cultura popular moderna, Ridley Scott, el director de *Gladiator*, es uno de los pocos que no quedaron impresionados; dicen que lo encontró más bien «pequeño» y que prefirió una maqueta construida en Malta y mejorada digitalmente.) No obstante, la rigurosa limpieza de los restos conservados, la eliminación de las plantas y flores y la exposición de los complicados cimientos y subestructuras no solo han contribuido a la conservación del edificio y a la obtención de toda clase de información técnica nueva sobre su construcción y su cronología, sino que han hecho que el Coliseo parezca, para todos los visitantes salvo los más especializados, mucho más desolado, más desconcertante en cuanto a su trazado y considerablemente más difícil de recorrer.»

«De hecho, más aún de lo que fue hace siglo y medio, el Coliseo se ha convertido para nosotros en el símbolo definitorio de la antigua Roma precisamente por (y no a pesar de) el hecho de que suscita muchas de las preguntas y dilemas a los que nos enfrentamos cuando interactuamos con la cultura romana. ¿Cuán diferente de la nuestra era su sociedad? ¿Hasta qué punto tenemos derecho a enjuiciarla? ¿Podemos admirar la magnificencia y los logros técnicos y al mismo tiempo lamentar la crueldad y la violencia? ¿Hasta qué punto experimentamos un placer indirecto por los excesos del lujo romano y su sed de sangre, mientras al mismo tiempo lo lamentamos? ¿Son algunas sociedades realmente más violentas que otras?»

... y antes

««El Anfiteatro» o el «Teatro de la Caza», como entonces se lo denominaba («Coloseo» o «Coliseo» es el sobrenombre medieval que quedó fijado), no fue menos famoso en el mundo antiguo que ahora. No deberíamos caer en la trampa de imaginar que las reacciones de los romanos ante su construcción fueron idénticas a las nuestras. [...] También es cierto que los romanos tenían otros muchos monumentos para elegir si querían seleccionar un edificio que simbolizase su capital y su cultura.»

«Quizás el indicador más evidente de la importancia del monumento en el mundo romano es la fiebre de imitaciones que provocó. Aunque ya había varios anfiteatros anteriores de piedra, una vez construido, el Coliseo al parecer se convirtió en el modelo de muchos, si no de la mayoría, tanto en Italia como en las provincias — más de doscientos a finales del siglo II d. C., según estimaciones actuales.»

«Un factor clave fue también el papel del Coliseo en la historia y la política romanas, porque no solo encarnaba los placeres del entretenimiento popular, sino que simbolizaba una particular forma de interacción entre el emperador romano y el pueblo de Roma. Se encontraba en el corazón mismo del delicado equilibrio entre la autocracia romana y el poder popular, una lección práctica del arte de gobernar de la Roma imperial.»

«La reacción de Vespasiano fue astuta y práctica: parte de la Casa Dorada parece que continuó siendo de uso imperial (hay buenos indicios que sugieren que Tito tenía allí su residencia una década después de la muerte de Nerón), pero en el enclave de aquel infame lago privado fundó lo que hoy denominamos el Coliseo, un palacio para el

disfrute del pueblo. Fue un gesto político brillantemente calculado para borrar el recuerdo de Nerón mediante un monumento para el entretenimiento público, que devolvía al uso popular un espacio que había sido monopolizado por el lujo privado imperial.»

«Con la construcción del Coliseo, Vespasiano hacía hincapié de forma tajante en que los beneficios de los éxitos militares romanos pertenecían, por lo menos en parte, al pueblo llano de Roma; con el botín del imperio no se enriquecían solamente el emperador y los aristócratas. Porque ¿de dónde provenía el dinero para edificar semejante monumento? Parte de él, casi con toda certeza, de la ingente cantidad de valiosos trofeos que llegaban a Roma tras la supresión de la rebelión judía. De hecho, incluso las monumentales inscripciones del Coliseo insistían en el argumento. O así se ha interpretado.»

«Para nosotros, el Coliseo ha de ofrecer más que un mensaje político sobre la participación del pueblo romano en la ciudad y su imperio. Encarna una importante lección sobre las ambigüedades de la memoria, el olvido y la amnesia. Borrar del paisaje a un emperador era más difícil de lo que parecía; y, como siempre, cuanto más ahínco se pone en la tarea, más elevado es el riesgo de llamar la atención de la historia sobre lo que se intenta eliminar. Incluso sin su nombre medieval neroniano, el anfiteatro de Vespasiano tuvo siempre más tendencia a ser recordado como el monumento que estaba en el emplazamiento del lago de Nerón.»

«Para nosotros, el Coliseo es una parte tan conocida de la silueta de Roma que es fácil olvidar que, en los años 70 d. C., la construcción de un gigantesco anfiteatro de piedra en el centro de la ciudad supuso una ruptura con la tradición. Por supuesto, otras ciudades italianas y provinciales del imperio tenían desde hacía tiempo sus propios anfiteatros: por ejemplo, Pompeya (el anfiteatro más antiguo conservado, del año 70 a. C. aproximadamente), Verona y Milán en Italia, Lyon en Francia, Mérida en España y Cartago en Túnez. Y muchos otros que se construirían en lugares remotos como Jerusalén y Londres (donde en 1988 se descubrieron bajo el Guildhall restos de una estructura más o menos contemporánea del Coliseo). Sin embargo, en Roma, antes de la construcción del Coliseo, la gente asistía, por lo general, a los espectáculos de gladiadores en instalaciones temporales.»

«Tradicionalmente, la élite romana se había mantenido cauta a la hora de construir un monumento permanente en Roma dedicado a la diversión. Representaba para los romanos el lujo y el hedonismo a los que eran reticentes y que al mismo tiempo anhelaban. Es más, en el período de la República (convencionalmente fechado desde el año 500 a. C. más o menos hasta el 31 a. C.), cuando Roma estaba gobernada por funcionarios electos o «magistrados» y por un Senado constituido en gran medida por exmagistrados — todos ellos acaudalados aristócratas —, los senadores sentían pavor ante la idea de proporcionar un lugar de encuentro en el que la masa de ciudadanos pudiera expresar sus opiniones a voz alta y en conjunto.»

«En la época en que se inauguró el Coliseo, en el 80 d. C., la monarquía estaba tan firmemente arraigada que los emperadores podían arriesgarse fácilmente, incluso con

periodicidad, a un cara a cara colectivo con sus ciudadanos-súbditos. Es más, era esencial para su fuente de autoridad ver y — todavía más fundamental— ser vistos por el pueblo en general. [...] Evidentemente, el pueblo romano se dejaba llevar, ingenuo, por ilusiones: pensaba que podía, por lo menos en ocasiones, influir colectivamente en lo que hacía el emperador mediante cánticos rítmicos que expresaban sus puntos de vista.»

Los campos de matanza

«El Coliseo se inauguró oficialmente en el reinado del nuevo emperador Tito, en el año 80 d. C., con un gran espectáculo de combates, caza de fieras y derramamiento de sangre que, según se dice, duró cien días. La magnitud de la matanza es difícil de calcular. No tenemos ninguna cifra sobre las muertes de gladiadores, pero el biógrafo de Tito, Suetonio, asegura que durante dichas celebraciones cinco mil animales, una afirmación que unos pocos académicos modernos han reinterpretado audazmente en el sentido de «todos los días» del espectáculo, una deducción que arroja una cifra total exagerada y francamente inverosímil de medio millón de víctimas animales. Uno de los relatos más completos de los actos, el del historiador Dion Casio, que escribió en el siglo III, es más comedido en sus estimaciones: calcula que en total fueron sacrificados nueve mil animales.

Pero ¿qué hay de los gladiadores? A lo largo de todo el Libro de los espectáculos solo hay un poema que habla de combates de gladiadores. Hemos de suponer que durante los cien días de celebración hubo una lucha tras otra entre el habitual despliegue de combatientes famosos, veteranos curtidos y reclutas novatos. Pero aquí un solo combate los representa todos. Los contrincantes implicados eran «Prisco» y «Vero», ambos pseudónimos elocuentes: «Antiguo» y «Verdadero».

«No cabe duda de que para una persona de principios del siglo XXI las matanzas en la arena son deplorables. En la Antigüedad, el intenso entusiasmo por los juegos iba de la mano de una amplia gama de dudas éticas harto diferentes (y expresiones clasistas de desdén). Tanto los filósofos como los teólogos se preguntaban sobre el efecto que podía tener en el público la contemplación de aquel derramamiento de sangre. ¿Acaso, como argumentaban algunos, afectaba a las capacidades de pensamiento racional? ¿Cuál era el efecto sobre la mente y el carácter humano? [...] Otros se cuestionaban sobre las diferencias morales de los juegos que incluían diferentes categorías legales de víctimas: una cosa era matar a criminales, pero otra muy distinta matar a ciudadanos romanos.»

Ladrillos y mortero

«[...] Dicho de otro modo, hay una correlación inversa entre fama y «autenticidad» en el sentido más estricto. El Coliseo es un clásico ejemplo de esta regla. Gran parte de lo que vemos cuando lo visitamos es muy posterior a la obra original de Vespasiano y Tito en la década de los años setenta después de Cristo. El rompecabezas consistente en fechar cada una de las partes y las diferentes fases ha mantenido entretenidos a los arqueólogos durante siglos. La verdad es que, a pesar de las taxativas afirmaciones de

gran parte de las guías de viajes, hoy en día es imposible, en la mayoría de los casos, estar seguros de cuándo fueron construidas determinadas partes.»

«El monumento ha sufrido toda clase de daños — desde incendios, terremotos y demás desastres naturales o causados por el hombre— a lo largo de su historia. Hay registros de reparaciones que se remontan tal vez a principios del siglo vi d. C., conmemorados en inscripciones que se han descubierto en el propio edificio (la última documenta la restauración de «la arena y el estrado, que se habían derrumbado en un terrible terremoto»).»

«En la actualidad no siempre es posible, ni siquiera para los expertos (aunque no les guste admitirlo), distinguir una inserción del siglo XVIII de una del siglo IV. Evidentemente, esta sensación de que el monumento es una labor de retazos de muchos siglos le confiere gran parte de su encanto. Pero al mismo tiempo dificulta el rastreo de los detalles de su historia.»

«Por otro lado, el carácter austero, casi industrial, del monumento actual es el resultado de la pérdida de casi todo su revestimiento de mármol, sus ricas pinturas y estucos, y las estatuas que antaño decoraban los arcos exteriores.»

«Había ochenta entradas al Coliseo desde el exterior. Las cuatro de los ejes principales se diferenciaban de las otras 76, y la creencia general (basada en algunos testimonios, aunque no demasiados) es que eran las utilizadas por los artistas y el emperador y su séquito o por los funcionarios que presentaban el espectáculo.»

«Aún más impresionante es el testimonio que tenemos de la decoración de estuco en la entrada norte. Aunque hoy solamente pueden verse unos pocos fragmentos, cuando gozaban de un mejor estado de conservación estos estucos fueron dibujados por artistas del Renacimiento (entre ellos Giovanni da Udine, discípulo de Rafael, que se inspiró en ellos para algunos de sus diseños de la Villa Madama).»

«Si el palco sur era para el emperador y su séquito, entonces ¿para qué servía el palco norte? Diferentes eruditos y diferentes guías turísticas recurren a ideas verosímiles, y no tan verosímiles. Algunos imaginan que debía de proporcionar acomodo adicional para miembros menores de la realeza y cortesanos. Otros sugieren que era el lugar reservado para las vírgenes vestales (a las que Gérôme decidió colocar junto al emperador). También podía acomodar a los magistrados, sobre todo a los que patrocinaban los juegos. Nadie lo sabe. En cualquier caso, puede que no siempre fuera utilizado por las mismas personas, o que ni siquiera se usase.»

«Es difícil comprender hoy en día cómo se organizaban las secuencias de inundación y drenaje para los espectáculos. Pero en el día a día, el tema acuciante era cómo evitar que el Coliseo al completo, construido sobre un valle fluvial, se hundiese en el lago que había en el emplazamiento en tiempos de Nerón. Además, el propio edificio actúa como un enorme tanque de agua: la lluvia que cae sobre las graderías y la arena, a veces torrencial, ha de ser drenada, porque de lo contrario podrían acumularse hasta 175 litros de agua por segundo durante una fuerte tormenta.»

«Pero esta reconstrucción de los principios de los métodos de trabajo tiende a ocultar lo poco que sabemos sobre la identidad de quienes diseñaron el edificio: el mito de que el arquitecto era un cristiano llamado Gaudencio es solo eso, un mito; no tenemos el menor indicio de quién estuvo a cargo del proyecto. También oculta lo poco que sabemos de los métodos y habilidades necesarias para llevar a cabo el diseño. Pese a la conservación de un manual de arquitectura del siglo I de Vitruvio, nuestra comprensión sobre cómo realizaban su trabajo los arquitectos romanos y sobre cuál era el equilibrio entre la artesanía práctica tradicional y los cálculos altamente técnicos de cargas, proporción, ejes visuales, etc., se basa fundamentalmente en conjeturas.»

La vida después de la muerte

«Y es que existía una firme tradición popular que consideraba que el arquitecto no había sido otro que el poeta más grande de Roma, Virgilio, quien al parecer combinaba sus habilidades literarias con un talento por las llamadas artes mágicas, la nigromancia y la arquitectura. Tratar de incorporar una importante figura romana a la historia de un monumento conservado fue una pretensión fascinante y, por supuesto, totalmente imaginativa, de no ser porque Virgilio había muerto décadas antes de la construcción del Coliseo. Según esta tradición, Virgilio no habría utilizado sus dotes de diseñador para construir una arena destinada a combates mortales, gladiadores y cacerías de animales. La idea medieval generalizada era que el Coliseo era un templo del Sol, originalmente techado con una cúpula dorada, que albergaba a todo tipo de demonios.»

«Para nosotros, resulta imposible imaginar el Coliseo como algo que no sea una arena de exhibición gladiatoria y caza de animales. Pero en el siglo XI, la conexión del monumento en ruinas con su función original era muy lejana. No se había utilizado para estos espectáculos desde hacía siglos: el último registro claro de combates de gladiadores se remonta a mediados de la década de los años 430; hay constancia de que las cacerías de animales continuaron aproximadamente durante un siglo más.»

«Al final, lo que puso fin a los espectáculos sangrientos en el Coliseo y el resto de los lugares no fue tanto la legislación (moralista e impulsada por la religión, o no), sino más bien las repetidas guerras civiles e invasiones bárbaras, que limitaron la capacidad del estado y de las personas para patrocinar los juegos, procurar animales salvajes y (en el caso del Coliseo) llevar a cabo el costoso mantenimiento del monumento.»

«El Coliseo y sus actividades tradicionales superaban los recursos de los que Roma podía disponer para mantenerlo en el siglo V. Después de todo, Constantino había trasladado la capital principal del imperio a Constantinopla (el moderno Estambul), con todos los fondos e infraestructuras que iban aparejados. Y Roma quedó tan debilitada por las guerras, las invasiones y los desastres naturales que el historiador bizantino Procopio calculó que (aristócratas aparte) tan solo había quinientas personas en la ciudad cuando el rey godo Totila la invadió en 545.»

«A lo largo de este tiempo, mientras se desmoronaba el palacio imperial del Palatino, como observó Byron, hasta caer en la insignificancia, mientras el Foro romano se hundía lenta-mente bajo lo que con acierto se denominó «pasto para las vacas» («Campo

Vaccino»), el Coliseo seguía en pie de manera razonablemente digna. Aunque medio enterrado, en un terreno más o menos virgen a medida que la zona edificada de Roma se contraía, y a veces flagrantemente incomprendido (al menos para nuestros parámetros), el anfiteatro siguió siendo uno de los monumentos antiguos más asombrosos de la ciudad, con el que solo podían rivalizar las grandes columnas de Trajano y Marco Aurelio.»

«Desde el final de la Antigüedad, ha habido básicamente cuatro grupos interesados en reclamar el Coliseo para sí: los ladrones y los recicladores; los cristianos; los anticuarios y arqueólogos; y — por extraño que pueda parecer — los botánicos. La historia del monumento viene en gran medida determinada por las peleas de estos partidarios, y su imagen cambiante ha sido consecuencia del predominio de un interés sobre los demás.»

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Erica Aspas (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
689 771 980 / easpas@planeta.es

